

EL MAGDALENIENSE MEDIO EN ASTURIAS, CANTABRIA Y PAIS VASCO

F. Javier FORTEA PEREZ *

Desde que en 1916 Vega del Sella reconociera un Magdaleniense medio en Cueto de la Mina, ha ido aumentando el lote de yacimientos referibles a ese periodo cultural, entendiéndolo con argumentos de mayor o menor peso, ya como el equivalente del Magdaleniense IV de la secuencia clásica, ya como un genérico Magdaleniense medio por su posición en las estratigrafías cantábricas. La bibliografía es abundante y a veces contradictoria; remitimos a la última síntesis publicada (Utrilla, 1981a).

Aquel lote está integrado, según los diversos autores, en el País Vasco por Aitzbitarte IV, Urtiaga, Ermitia, Santimamiñe y Lumentxa. En Cantabria parece señalarse un vacío casi total, sólo matizado con tímidas alusiones en Rascaño, El Castillo y El Juyo. Ya en Asturias, la identificación se señala en Coimbre, La Loja, Balmori, La Lloseta y El Cierro; con mayor verosimilitud en Cueto de la Mina y La Paloma y, sobre todo, en Las Caldas.

1. PERFIL DEL MAGDALENIENSE MEDIO CANTÁBRICO

Litoestratigráficamente ha sido definido como un conjunto que aparece de modo constante en forma de niveles arcillosos y rojizos, testimonio de una habitación esporádica más que de otra continuada (Rascaño 3 sería el prototipo stratigráfico), o bien de niveles arcillosos de separación en secuencias más amplias (Utrilla, 1976a, p. 61; 1981b, p. 186).

Son muy pocos los análisis de sedimentos, polen y fauna referibles a yacimientos de este momento. González Echegaray ha considerado que el Mag. IV transcurrió paralelo a un empeoramiento general del clima, atestiguado por la presencia de *Corylus colurna* en el nivel I de la Trinchera II de El Juyo. En Altamira, sobre el Magdaleniense inferior cantábrico se desarrolló una capa estalacmítica, testimonio de una época fría y húmeda, y en Cueto de la Mina C, el hecho de que el caballo se iguale con el ciervo, aparezcan cápridos de alta montaña y *Pecten islandicus* abogarían también por un recrudecimiento, al menos durante los comienzos del Magdaleniense IV. A un clasticismo frío se referirían también los niveles de

* Facultad de Geografía e Historia, Depto de Prehistoria, Oviedo. Espagne.

bloques aparecidos en La Lloseta, nivel I, Cueto de la Mina, C y otros yacimientos. En suma, el Magdaleniense IV cantábrico sería frío y anterior al Bolling, del que no encontraba pruebas (González Echegaray, 1973, p. 182). Utrilla (1981a, p. 254) aceptó esta conclusión climática, ampliándola con la presencia del reno en Urtiaga, E., pero, como ella misma indica, Altuna (1972, p. 415) sitúa a ese tramo en el Dryas I b y González Echegaray (1966) y Moure (1975a, p. 29) en el Dryas II, lo que de ser cierto señalaría unos límites excesivamente amplios para el Magdaleniense IV, sin entrar ahora en la fuerte contradicción que supone la valoración cultural de Urtiaga, nivel E. En Ermitia se citaba la masiva presencia de la *Capra pyrenaica* (Altuna 1972, p. 172).

El único yacimiento modernamente excavado con un tramo referido al Magdaleniense IV es Las Caldas, nivel 2. Según Hoyos, sus sedimentos testimoniarían un clima frío y húmedo, posterior a la reactivación cárstica que erosionó el infrayacente nivel 3 (Hoyos, 1981a, p. 54). En la misma publicación, Corchón (1981a, p. 218 y fig. 19) situaba al mismo nivel 2 entre el Dryas I b y el Prebolling.

Alguna confusión ha creado la contradictoria consideración del nivel 3 de Rascaño, sobre lo que volveremos luego. Según Laville y Hoyos se trata de un nivel húmedo y fresco, datado en el 15.173 ± 160 B.P., que se corresponde con una etapa de reactivación cárstica bien conocida en el Cantábrico: depósitos "fluviales" de Paloma, 7, erosión anterior a Caldas 2, Cierro III y La Riera, 22-23. Ambos autores la denominan Wurm IV-Cantábrico IV y podría corresponderse con el interestadio de Angles-sur-l'Anglin de la cronozona polínica. Después se atestiguaría en otros yacimientos la fase fría Wurm IV-Cantábrico V, equivalente al resto del Dryas antiguo. Entre Rascaño 3 y 2.3 existe una discordancia erosiva producto de una nueva reactivación cárstica, correspondiente al Wurm IV-Cantábrico VI, que sería equivalente al Bolling. El nivel 2.3, datado en el 12.896 ± 137 B.P. atestiguaría, con industrias del Magdaleniense superior, los comienzos de una amplia fase fría denominada Wurm IV-Cantábrico VII (Hoyos, 1981b, p. 63; Laville y Hoyos, 1981, p. 209).

Estas conclusiones son muy importantes porque significan el primer cuadro paleoclimático regional obtenido del modo pertinente. En él, el nivel 2 de Las Caldas (por referencia fundamental a su representación en la Cata Pasillo, una de las dos zonas en que fue excavado) aparece situado en el periodo frío Wurm IV-Cantábrico V. Los límites inferior y superior de aquel Magdaleniense IV quedan lógicamente sin precisar, ante la carencia de otros yacimientos con tramos sedimentarios referibles al mismo periodo cultural, que hubieran podido ser analizados con las técnicas adecuadas.

En el plano ergológico, las primeras caracterizaciones globales del Magdaleniense medio se deben a Jordá (1958, p. 84). La bibliografía más reciente ha elaborado un perfil lítico en el que el IG es inferior al IB, debido al descenso del IGA y, en general, de los raspadores altos, característicos del Magdaleniense inferior cantábrico. Los raspadores más típicos del momento son los simples sobre lasca, frecuentemente ancha y corta o sobre lámina retocada o no. El Bd es superior al Bt, con diferencias a veces muy elevadas. Los perforadores se duplican con relación a la etapa anterior y sus puntas son largas y despejadas del resto de la lasca o lámina; el IP se sitúa entre 5 y 10 %. Las laminitas con borde abatido son muy abundantes, lo que en unión de otros tipos, hace que el GP sea muy superior al GA. En la industria ósea aparece un conjunto de caracteres nuevos y otros que remiten a la tradición cultural anterior. Entre estos, el predominio de las secciones circulares, aplanadas o triangulares frente a los predominantemente cuadrangulares de los periodos anteriores, y la presencia de puntas con fuste cilíndrico monobiselado o con doble bisel; a veces el bisel llega a interesar a casi la mitad de la pieza. Entre los elementos nuevos y más característicos estarían las finas azagayas monobiseladas o con doble bisel, con ranuras laterales o con decoración más compleja en el fuste y las azagayas biapuntadas con acanaladuras cortas.

Pero lo más característico del momento serían las azagayas ahorquilladas, las piezas de enlace o intermedias y el gran desarrollo de las varillas planoconvexas frente a un retroceso de las cuadrangulares, típicas del Magdaleniense inferior. Su cara ventral es lisa o estriada y la dorsal ofrece acanaladuras o incisiones formando motivos complejos, a veces circulares, y excepcionalmente tuberculados como en Santimamiñe. Tipos más infrecuentes serían los protoarpones (Santimamiñe), las azagayas con cuádruple bisel (Caldas) y quizá un propulsor (¿Santimamiñe?) (Corchón, 1971, p. 12; 1981a, p. 240; 1981b, p. 148; Utrilla, 1981a, p. 263).

El arte mueble, con un notable aumento del expresado en plaquetas de piedra, ofrece características valoradas en la bibliografía; remitimos a las síntesis más recientes (Barandiarán, 1973; Corchón, 1981b; Utrilla, 1981a).

Hasta comienzos de los setenta, el gran horizonte parietal policromo era relacionado con el Magdaleniense III. Pero inevitablemente la bibliografía no dejó de relacionar el contexto frío del Magdaleniense IV con la masiva presencia de caballos en Ekain y la asociación de éstos con renos en Tito Bustillo, asumiendo que en el gran arte parietal se encontraría el correlato de las condiciones macroambientales (González-Echegaray, 1973, p. 148). Desde esa línea argumental Jordá llegó a establecer la sucesión temporal Ekain-Altamira-Tito Bustillo, dentro de un bloque artístico Magdaleniense IV (Jordá, 1978, p. 118 y 122). Pero más recientemente los bicromos de Tito Bustillo se han relacionado con el Magdaleniense superior (Moure, 1980, p. 23; Jordá, 1986, p. 116). P. Utrilla (1980, p. 356) ha señalado la contradicción entre la densidad de cuevas con arte atribuido al Magdaleniense IV y la parquedad de yacimientos con estratos de ocupación de ese periodo, proponiendo tres hipótesis alternativas: 1º, que sólo se pintaran y habitaran en verano; 2º, que durante el Magdaleniense medio no se habitara el Cantábrico, existiendo un vacío demográfico entre el Magdaleniense inferior y superior y 3º, que la habitación fuera en campamentos al aire libre durante todo el año, utilizando las cuevas sólo como santuarios. La relación del gran arte rupestre con sus niveles de habitación constituye un problema muy complejo; más adelante volveremos a tratarlo brevemente.

2. VALORACION DE LAS ATRIBUCIONES

El perfil acabado de resumir es el resultado de la atribución al Magdaleniense medio de una serie de niveles en base a apreciaciones litoestratigráficas, a su posición dentro de la secuencia estratigráfico-cultural del yacimiento en cuestión, y a razones meramente tipológicas. Frecuentemente se entremezclan. Conviene que analicemos la argumentación:

a) Apreciaciones litoestratigráficas

La presencia de niveles rojos y arcillosos posteriores a una ocupación Magdaleniense inferior, o intermediarios entre aquella y otra del Magdaleniense superior, no son determinantes de que en ellos deba esperarse la aparición de Magdaleniense medio. Las situaciones culturales pueden ser varias. Sin embargo, rojo y arcilloso adquieren el valor de calificativos de un estratotipo sedimentario y cultural Magdaleniense medio en algunas de las argumentaciones de Utrilla, particularmente cuando los materiales aparecidos en aquellos niveles no son especialmente diagnósticos. En nuestra opinión, algunos de ellos podrían contener situaciones referibles a un Magdaleniense inferior tardío o evolucionado, posiblemente coincidentes, en los casos que señalaremos, con un concreto momento del cuadro paleoclimático regional.

Ello se pone de relieve con el nivel 3 de Rascaño, arcilloso rojizo-amarillento y

prototipo estratigráfico del Magdaleniense medio cantábrico. Los recuentos líticos de Utrilla (1981 a y b, p. 168) se asemejan poco al perfil que se tenía del Magdaleniense medio, salvo, quizá, en lo referente a un GP = 25 %. Pero precisamente el porcentaje de este grupo, de apreciable valor para esbozar situaciones dentro del Magdaleniense cantábrico, difiere radicalmente del computado por González Echegaray: GP = 6'8 (1981, p. 73). Aunque este autor no excluía la posibilidad sugerida por Utrilla, los resultados líticos, óseos, polínicos, de sedimentos etc. llevaban a concluir que Rascaño 3 estaba más próximo tipológica y cronológicamente del Magdaleniense inferior, del que representaría un momento ciertamente evolucionado, que de un verdadero Magdaleniense medio (Barandiarán y González Echegaray, 1981, p. 330). En la misma publicación, la sedimentología relacionaba el nivel 3, datado el 15.173, con la etapa Wurm IV-Cantábrico IV. Si Rascaño 3 era Magdaleniense medio, representaría un momento muy antiguo de su aparición en Europa occidental, lo que no sería imposible si el único criterio a considerar fuera el de su "situación intermedia" en la secuencia cronoestratigráfica regional. Pero si se acepta la opinión de Barandiarán y González Echegaray, no sólo se comprende mejor su ergología, sino su situación en el cuadro general. No parece pues que Rascaño 3 pueda sumarse al parco lote de yacimientos adscritos al Magdaleniense medio. Pero sería injusto omitir que Rascaño 3 y Caldas 2 no pudieron ser comparadas porque ambos se publicaron el mismo año y hubo de esperarse al siguiente para conocer la fecha de Caldas 2 = 13.400 ± 150 (Jordá *et alii*, 1982, p. 14).

Por otra parte, en la monografía de Rascaño aparecía una sencilla pero importante idea. El Magdaleniense cantábrico podría dividirse genéricamente en dos bloques: uno sin arpones y otro con ellos. Dentro de ambos podrían distinguirse situaciones de inicio, nodales y de pervivencia, siendo la serie de Rascaño la mejor evidencia de las subdivisiones que podrían establecerse en el Magdaleniense inferior cantábrico. Nos interesa particularmente Rascaño 3, en tanto que testimonio de una situación evolucionada y relativamente tardía del viejo tronco magdaleniense (González Echegaray y Barandiarán, 1981, pp. 330 y 336).

Poca información suministran las 87 piezas líticas y la decena escasa de azagayas encontradas en el nivel que existió entre los Magdaleniense A y B de El Castillo. Quizá por ello las opiniones son contrapuestas. Utrilla (1981a, p. 138) se basa en su carácter arcilloso y la semejanza de sus materiales con Rascaño 3 y Cueto de la Mina C para concluir en una cronología Magdaleniense medio. Por el contrario, Cabrera (1984, p. 393) lo considera como en epígono del Magdaleniense B infrayacente, cuya identificación con el Magdaleniense inferior cantábrico arranca desde Obermaier. Si esto y la semejanza con Rascaño 3 son ciertas, encontraríamos una alusión a la continuidad en el tiempo del Magdaleniense inferior cantábrico, pero expresada en términos tan vagos, porque la cualidad de los materiales es casi nula, que mejor será no insistir demasiado en ello, por más que la situación hipotetizada no se oponga a la de Rascaño 4-3. Los grandes interrogantes de El Castillo los plantean los casi 2 m. de potencia estratigráfica de su Magdaleniense B y la evolución de su industria ósea, según los diarios de Obermaier, que quedó subsumida en un bloque unitario.

Los materiales de la capa 3ª de la inédita cueva de El Cierro no fueron considerados inicialmente por Utrilla (1976, p. 815), porque entre ellos aparecía un fragmento de cerámica, pero posteriormente la misma autora (1981a, p. 306) publicó los recuentos de sus 110 útiles, y consideró a la capa como representante de aquellos niveles arcillosos de separación a que antes aludíamos, indicadores de un momento de abandono o esporádica ocupación. Su industria ósea es inexpresiva, pero los IG, IB y GP muy poco tienen que ver con los ofrecidos por yacimientos de más segura adscripción al Magdaleniense medio; antes al contrario, se relacionan bastante bien con la infrayacente capa 4ª, de litoestratigrafía muy diferente, cuyos materiales pertenecen al más típico Magdaleniense inferior cantábrico.

Laville y Hoyos (1981, p. 209) situaron al nivel III (=a capa 3ª de las excavaciones de Jordá) de El Cierro en su periodo Cantábrico IV; nuevamente volveríamos a encontrarnos con indicios de un Magdaleniense inferior tardío o evolucionado situable en el mismo momento paleoclimático.

La Cueva de La Lloseta o de El Rio supone un problema quizá insoluble. De ella se conservan dos colecciones: una (Rio), inédita, procedente de las excavaciones de Hernández Pacheco y Wernert en 1915, y otra (Lloseta) producto de las que realizó Jordá. Hoy se sabe que ambas pertenecen a sectores diferentes de una misma cueva (Mallo, Chapa y Hoyos, 1980, p. 231).

La colección Rio fue atribuida al Magdaleniense inferior en una breve mención (Hernández Pacheco, 1919, p. 26), mientras que la colección Lloseta fue publicada por Jordá, distinguiendo los siguientes niveles: Superficial; I: conjunto muy pobre, que podría adscribirse al Magdaleniense medio; II: típico Magdaleniense inferior y III: ¿Solutrense final? (Jordá, 1958). Han sido muchos los investigadores que con posterioridad fueron exponiendo diferentes opiniones, en particular para la colección Lloseta, pero es imposible reseñarlas aquí. Nos limitaremos a exponer la triple alternativa ofrecida por Utrilla para valorar el conjunto del depósito de Lloseta: 1º, todo es Magdaleniense III, tipo Juyo, con la matización de un Magdaleniense II en la base; 2º, todo es Magdaleniense superior-final y Aziliense y 3º, existieron diferentes momentos magdalenienses, desde el II al V-VI.¿?. Interesa también aquí la opinión sostenida por Utrilla de que la capa 7ª de Jordá, con industria escasa (110 útiles), podría corresponder a la desocupación contemporánea al Magdaleniense IV (Utrilla, 1978, pp. 128-129). Carentes de una estratigrafía estudiada desde sus diversos puntos de vista y de una satisfactoria capacidad diagnóstica en el conjunto material de la capa 7ª, no se justifican conclusiones – ciertamente expuestas como posibilidad – concernientes a un periodo de desocupación datado en el Magdaleniense IV. Si la referencia para esa datación fue la capa 3ª de El Cierro, remitimos a lo dicho más arriba, pero tampoco podría hacerse la correlación porque es desconocido el concreto contexto sedimentario de la capa 7ª de Lloseta.

De la posible presencia de un Magdaleniense medio en La Lloseta, además de las inseguras afirmaciones de su excavador y otros investigadores, sólo quedarían algunos elementos tipológicos: un labio de azagaya ahorquillada (Corchón, 1983, p. 223) y un fragmento de bastón de mando con trazos rectilíneos en torno a la perforación (que también parece en Cueto de la Mina C), degeneración, o mejor versión simplificada, de un tema conocido (Leroi-Gourhan, 1976, p. 25). El Magdaleniense inferior del yacimiento podría quedar datado en el 15.655 ± 412 B.P., pero no existe ninguna correlación entre el lugar donde G. Clark tomó la muestra y la estratigrafía.

El suelo de la cueva se hundió removiendo la estratigrafía en la zona excavada por Hernández Pacheco y en menor medida aquella en la que Jordá lo hizo. Esto, aspectos relacionados con el registro de los materiales y ciertas perturbaciones sufridas por la colección después de su depósito, hacen difícilmente solucionables los problemas de la articulación estratigráfico-cultural del yacimiento.

El último nivel rojo arcilloso de relativa desocupación paralelizable al Magdaleniense IV de los estratigrafías cantábricas es Urtiaga nivel E, así considerado por Utrilla (1978, p. 130). Las iniciales incertidumbres de J.M. Barandiarán parecieron solventarse con posterioridad: en Urtiaga se pasaría de un Magdaleniense final cargado de elementos azilienses en F, a un Aziliense bien determinado en C (Barandiarán y Sonnevile-Bordes, 1964, p. 168). La datación del nivel F en 17.050 ± 140 provocó reconsideraciones que no podemos resumir aquí. En el más reciente estudio sintético del yacimiento, se afirma que

Urtiaga E pudo ser Magdaleniense medio o superior inicial, pero no se le cita taxativamente entre los yacimientos del Magdaleniense medio (Utrilla, 1981a, pp. 226 y 296). Poco más puede decirse en el estado actual de la información, salvo que color, textura y relativa pobreza no son criterios pertinentes, por más que la posición estratigráfica sea media.

Nos queda por citar en este apartado de apreciaciones litoestratigráficas a Aitzbitarte IV, nivel III, interpretado por su excavador, J.M. Barandiarán, como un Magdaleniense genérico, situado entre el Magdaleniense final del nivel II y el Solutrense del III. I. Barandiarán (1967, pp. 91 y 440) consideró que sus materiales encajarían bien con lo que en otros lugares era Magdaleniense superior o V, pudiéndose rastrear formas de momentos inmediatamente anteriores. Asimismo, señaló que los bloques de desplome encontrados por J.M. Barandiarán en el nivel III podrían relacionarse, en hipótesis "algo gratuita", con el desplome que en torno al Magdaleniense IV se constata en bastantes yacimientos del W. europeo: Laugerie, Longueroche, La Madeleine, La Garenne, Féés, Altamira, San Román de Candamo, Cueto de la Mina, etc. Esto, y los análisis tipológicos, le llevó a afirmar que la mayoría de los materiales del nivel III pertenecerían a un Magdaleniense V sin arpones, mientras que algunos otros, los inmediatamente debajo de los bloques, podrían situarse en el Magdaleniense IV o III. Hay que subrayar la prudencia con la que establece la hipótesis.

b) Posición dentro de la secuencia estratigráfico-cultural

Los niveles C de Cueto de la Mina (Vega del Sella, 1916; Chapa, 1975) y el que posteriormente se denominaría 6 de la Paloma (Hernández Pacheco, 1923), aportan un conjunto de materiales más homogéneos y diagnósticos. Su caracterización tipológica y su posición entre los Magdalenienses inferior y superior hacen de esos niveles dos de las citas más sólidas del Magdaleniense medio cantábrico, sobre todo después de que se hiciera justicia a las excavaciones de Hernández Pacheco, Cabré y Wernert (Hoyos *et alii.*, 1980). No todos los problemas están resueltos, y algunos no lo estarán nunca, pues la información se recuperó hace mucho tiempo. Algunos autores (Moure, 1975b, p. 44) piensan que el nivel C de Cueto de la Mina es Magdaleniense superior.

A ellos se sumó Las Caldas 2 (Corchón, 1981a), único yacimiento modernamente excavado con depósitos datados en la fase fría Cantábrico V, una primera fecha en el 13.400 ± 150 y materiales paralelizables con los de La Paloma y Cueto de la Mina, propios del Magdaleniense medio regional, pero imprecisos frente a un Magdaleniense IV *sensu stricto*, al que sin dudas evocaban. En estos tres yacimientos se funda buena parte del perfil Magdaleniense medio que hemos resumido al principio; remitimos a la bibliografía que venimos citando.

No es ese el caso de los niveles I y II, Trinchera II, de las excavaciones de Janssens y González Echegaray (1958) en El Juyo. Quizá su posición estratigráfica, y una interpretación de lo dicho por González Echegaray, fueron las razones en las que se basó Utrilla para incluir a aquellos niveles en el Magdaleniense medio. Literalmente, González Echegaray había dicho que el nivel I señalaba un momento ulterior al desarrollo del Magdaleniense III, siendo muy difícil determinar si era o no Magdaleniense IV por falta de elementos (González Echegaray, 1973, p. 181). Las posteriores excavaciones de 1978, contiguas al corte de Janssens, han vuelto a establecer una secuencia del Magdaleniense inferior diferente de la facies vasca del Magdaleniense III, recientemente puesta de relieve por Utrilla. El nivel 4 de 1978, infrapuesto a otro pospaleolítico, señala un momento evolucionado del Magdaleniense tipo Juyo o Altamira, pero adscrito a esa tradición cultural; su datación en 13.920 ± 240 parecería confirmarlo (Barandiarán, Freeman y González Echegaray, inédito). Habrá que esperar a la publicación de estas excavaciones y a la valoración de las dos series de C-14, para ver si el nivel 4 y el I de la Trinchera II son o no lo mismo, pero lo que parece desprenderse de las dos referencias es la continuidad en el

tiempo del Magdaleniense tipo Juyo, que González Echegaray definiera en 1960; sobre esto mismo ha insistido Corchón (1984, en prensa) con argumentos convincentes. Con uno de ellos no estamos de acuerdo: la magnífica pieza de arte mueble del nivel 4 de El Juyo (Freeman y González Echegaray, 1982, p. 161) es interpretada por esta autora como un contorno recortado pirenaico recibido en un contexto Magdaleniense inferior tardío. Participando de la opinión de los excavadores, la pieza de El Juyo no es un contorno recortado típico del Magdaleniense IV. Temática y estilísticamente pertenece al medio artístico del Magdaleniense inferior cantábrico, al que se asignarían también los materiales del nivel en que fue encontrado. Sólo desde un punto de vista técnico sería una pieza transicional entre los Magdalenienses III y IV (*ibid.*, p. 166). Esa transicionalidad técnica podría relacionarse con su posición tardía dentro del largo desarrollo del Magdaleniense al que pertenece.

En otro orden de cosas, si los niveles 4 y I de El Juyo son lo mismo, entonces los carbones de *Corylus colurna*, cuyo carácter frío ha sido matizado por Boyer-Klein (1981, p. 219), no se referirían al Magdaleniense medio.

c) Argumentos tipológicos

En mayor o menor medida Ermitia, Santimamiñe y Lumentxa tienen serios problemas estratigráficos y de siglado. No obstante, afinados análisis tipológicos han reconocido en estos yacimientos materiales del Magdaleniense medio. En Ermitia, los dos niveles genéricamente magdalenienses de J.M. Barandiarán encerraban dos conjuntos distintos: uno Magdaleniense superior articulándose con el Aziliense, y otro correspondiente a una etapa magdaleniense más antigua. Entre la industria ósea se señalaron elementos seguramente datables en el Magdaleniense IV, como prototipos de arpón, la relativamente abundante sección triangular de las azagayas, la buena presencia de varillas y un dudoso punzón o azagaya de base ahorquillada. Para los autores de aquellos análisis, Ermitia sería el único yacimiento cantábrico con trazas ciertas de poseer materiales del Magdaleniense IV *sensu stricto* (Barandiarán y Utrilla, 1975, p. 21; Utrilla, 1981a, p. 223).

De Santimamiñe se han citado una larga punta de sección circular con dos acanaladuras longitudinales y motivos en aspa y zig-zag, una varilla plano-convexa con decoración tuberculada y un fragmento de propulsor (Barandiarán, 1967, p. 190; Utrilla, 1981a, p. 204). El caso de Lumentxa es muy problemático; como pieza del Magdaleniense IV se ha citado un punzón o azagaya de sección cuadrangular y base ahorquillada que mejor pertenecería al nivel E que al D (Utrilla, 1981a, p. 187; González Echegaray, 1960, p. 72; Barandiarán, 1967, p. 161).

La azagaya con tres filas de dientes invertidos de Coimbre (Asturias) no tiene contexto arqueológico. Sus paralelos estarían en Santimamiñe (Moure y Gil Alvarez, 1974, p. 510; Utrilla, 1981a, p. 110).

Las vagas citas dando alguna cabida al Magdaleniense IV en Balmorí no han encontrado confirmación posterior. La revisión de los materiales de Vega del Sella ha evidenciado un Magdaleniense inferior tipo Juyo, y las modernas excavaciones de Clark, contiguas a las anteriores, concluyen en la misma línea (Utrilla, 1976b, p. 828; G. y V. Clark, 1975, p. 35). Queda el problema de una pieza ahorquillada.

Finalmente, los materiales de La Loja, que excavara Vega del Sella en 1929, fueron atribuidos por Jordá ya al Magdaleniense IV (1956, p. 25), ya al III (1958, p. 56). La revisión de Utrilla (1981a, p. 110) los aleja del inferior tipo Juyo; por el contrario, los paralelos apuntan a Ermitia, Aitzbitarte o Abauntz, y algunos indicios óseos convendrían con el Magdaleniense medio. Sólo una futura excavación podrá aclararlo.

Aunque los argumentos tipológicos susciten un resto de inseguridad, aquellos obtenidos de las materias óseas han de ser tenidos muy en cuenta: pueden contener una alta carga de información cultural, precisamente por la maleabilidad de la materia soporte, a diferencia de la piedra.

d) Valoración general

En apretado resumen, aquellas son las bases del Magdaleniense medio cantábrico. Dispersión, escasez y ambigüedad son las características principales.

La revisión de las valoraciones litoestratigráficas nos ha llevado a concluir que buena parte de aquellos niveles arcillosos rojizos, con industrias de un Magdaleniense inferior tardío, señalan un momento paleoclimático anterior a otro en el que aparece una de las más seguras identificaciones del Magdaleniense medio: Caldas, 2. Son dignos del mejor reconocimiento los intentos de Utrilla por rellenar y contextualizar al Magdaleniense medio. Nuestras observaciones se benefician de datos que se publicaron en los mismos o posteriores años por otros autores, y de una seguridad retrospectiva porque, finalmente, pudo reconocerse en Asturias un Magdaleniense medio dotado de buena parte de sus elementos más clásicos.

El cuadro macroambiental es frágil porque se fundamenta en muy pocas secuencias y de diverso valor. La fase sedimentológica Cantábrico V indica unas condiciones frías que no serían negadas por la fauna, pero tampoco ésta puede considerarse como rigurosamente fría. No existe ninguna columna polínica que con seguridad pueda referirse a un tramo Magdaleniense medio sin reservas; para periodos posteriores, en Tito Bustillo, se identifica al Bolling en el estrato II y al Dryas II en las capas superiores de Ic y en Ib (Boyer-Klein, 1976, p. 206). De aceptar las atribuciones culturales, el nivel Ic pertenecería a un Magdaleniense superior muy antiguo (Moure y Cano, 1976, p. 129). En general, con un protocolo investigador moderno, se conoce muy mal el periodo comprendido entre la segunda mitad del Dryas antiguo Ib y el Bolling. En dos secuencias recientemente publicadas, no se señalan industrias del Magdaleniense medio. Así, el estrato IV de Erralla (Guipúzcoa) ha sido situado en la fase poco fría y húmeda que incluye al Prebolling, enmarcada entre los interestadios de Angles y Bolling, pero es culturalmente estéril (Hoyos y Fumanal, 1985, p. 42). El nivel VII de Ekain se depositó, según el polen, desde fines de Lascaux hasta el Bolling (Dupré, 1984, p. 62); sus materiales han sido clasificados en el Magdaleniense III o más antiguos (Merino, 1984, p. 65; Baldeon, 1984, p. 189), pero quizá fuera conveniente un estudio según los seis tramos en que fue dividido y ver si se producen situaciones distintas en un estrato polínicamente tan dilatado, al que tampoco le faltan dataciones absolutas menos antiguas.

En el terreno de la cultura material, el Magdaleniense medio cantábrico ofrece cambios en la tipología lítica y la organización de los grupos tipológicos, así como en el instrumental óseo, aunque algunos de sus tipos, como la azagaya ahorquillada, calificada como elemento casi imprescindible (Corchón, 1983, p. 230), son ambiguos; porque si bien en La Madeleine se asociaba con el Magdaleniense IV, las cosas no estaban tan claras en Isturitz. I. Barandiarán ha caracterizado adecuadamente el Magdaleniense medio cantábrico hasta hace poco conocido: por la casi total ausencia de aquello que mejor lo caracterizaba en la región pirenaica. Isturitz era límite más que puente de lo pirenaico francés sobre lo cantábrico. Último eslabón de la densa e importante cadena pirenaica, influyó timidamente en los inmediatos yacimientos vascos, y de allí apenas se derramó hacia el occidente: no existían los contornos recortados ni los propulsores de la "escuela de arte magdaleniense pirenaico", y en cuanto a los rodetes, solo podían señalarse dos muy dudosos en Guipúzcoa y Vizcaya;

las varillas con decoración tuberculada y circular y las bramaderas, con algunos ejemplares en el Cantábrico oriental, apenas aparecían en Santander y Asturias; en fin, las azagayas ahorquilladas, abundantes en el Pirineo, estaban escasamente representadas en el Cantábrico (Barandiarán, 1967, pp. 422 y 427).

En cuanto al gran arte parietal, las figuras pintadas o grabadas bien pueden traducir opciones ideológicas o sociales de entre los componentes de un bestiario gráfico, y no ser el reflejo de las variaciones ecológicas. Muchos yacimientos franceses y cantábricos ofrecen una composición faunística en los estratos relacionados con su arte que es justamente la contraria a la representada en la paredes; Lascaux es un ejemplo llamativo de ello (Leroi-Gourhan, Allain *et alii*, 1979) y en el Cantábrico lo serían Ekain y Tito Bustillo, según el muy concluyente análisis de Altuna (1984, p. 281). Y si los restos de fauna sólo dan una idea matizada de las condiciones macroambientales, muy gratuitas pueden ser las dataciones artísticas de base ecológica. Por lo demás el reno es un problema (Lorblanchet *et alii*, 1973, p. 298).

Ciertamente son pocos los niveles datables en el Magdaleniense IV; pero el mejor arte Magdaleniense no tiene por qué ser únicamente de ese periodo como parece ser la tendencia de la bibliografía más reciente sobre el arte cantábrico. Y se olvida que en el estilo IV antiguo de Leroi-Gourhan, al que frecuentemente se alude, tiene también una cabida de igual importancia al Magdaleniense III. Aún más, dentro del IV antiguo se señalaron dos momentos, tocando ya el segundo al IV reciente.

El ambiguamente denominado Magdaleniense inferior cantábrico es una división que encierra una enorme complejidad, como ha puesto de relieve la incorporación de nuevos yacimientos y recientes excavaciones. Se han reconocido varias facies (Utrilla, 1981a), y su marco cronológico se ha extendido hacia adelante y hacia atrás. Sobre ello se ha comenzado a reflexionar (Corchón, 1984; Utrilla, 1984, en prensa).

3. EL MAGDALENIENSE MEDIO CÁNTABRO-PIRENAICO

La reanudación en 1980 de las excavaciones en la cueva de Las Caldas confirmó no sólo que dentro de los subniveles del nivel general 2 se encontraba el Magdaleniense IV, sino que éste se presentaba con buena parte de sus características más clásicas, llenando de contenido las posibles incertidumbres que en estricto análisis pudieran encontrarse en los materiales de las excavaciones de 1971. También en 1980 se incorporó a la investigación otro yacimiento asturiano, La Viña, a pocos kilómetros de Las Caldas, en cuyo estrato IV aparecieron varios de los estereotipos culturales considerados como los más representativos del Magdaleniense IV pirenaico. Ambos yacimientos han terminado de clarificar a Paloma 6, Cueto de la Mina C, Ermitia o Santimamiñe, no en lo concerniente a su datación en el Magdaleniense medio, sino a su posicionamiento en un marco de referentes culturales que de un modo u otro siempre estuvo en la mente de muchos. Es una azarosa ironía de la investigación que en los ochenta se haya confirmado lo empezado a decir cincuenta años antes con datos de aquí y allá.

Las Caldas y La Viña, junto con otros yacimientos como La Lluera I y II y Entrefoces se integran en el Proyecto Nalón Medio, que comenzó en 1980, cuyas estratigrafías van del Auriñaciense al Aziliense, con diferentes hiatos según los yacimientos. Todos ellos tienen grabados rupestres exteriores, en particular La Lluera I, referibles por el estilo o porque en La Viña estuvieron tapados por la estratigrafía y se han podido establecer relaciones de diverso tipo, con dos horizontes artísticos: uno auriñaciense y otro ¿graveto?—solutrense, con punto focal en el Solutrense.

Las excavaciones de La Viña y Las Caldas han dado prioridad a los estratos del Magdaleniense medio. En Las Caldas (excavaciones Corchón), éste aparece en el nivel 2 de la estratigrafía general, cuyo techo en la Sala II es el suelo actual de la cueva; entre su base y el siguiente periodo cultural, el Solutrense terminal, se señala una erosión. En la Viña (excavaciones Fortea) aparece en el estrato IV. Entre la base del IV y el V, del Solutrense superior, se sitúa una fuerte erosión.

No estando finalizadas las excavaciones, nos limitaremos aquí a dar una valoración global de sus materiales.

La industria lítica, monótona y casi exclusivamente en sílex, ofrece una relación raspador-buril no muy descompensada: IG = 10-12 % e IB = 17 %. El IBd supera con mucho al IBt, siendo las piezas de muy buena técnica, pero sin mayor cuidado en la elección del soporte. Los raspadores son sobre lasca o lámina corta; los tipos altos, así como los nucleiformes son escasos. Entre los perforadores, con índices entre 9 y 27 %, destacan piezas con la punta cuidadosamente despejada. Pero lo más llamativo es el alto porcentaje de laminitas con borde abatido de tipo básico, que en La Viña alcanzan el 53 % sobre un cómputo de 1.299 tipos clasificados en 4 m² tomados como muestra; el efectivo total y porcentajes de otros cuadros y sectores son similares. Logicamente el G.P. es muy elevado. No hay geométricos, salvo algún muy esporádico escaleno, ni disquitos raspadores u otros elementos de tipología "reciente". Esta composición es muy similar a la de Enlène, Duruthy o Tito Bustillo Ic.

El instrumental en materias óseas ofrece los mismos tipos de azagayas, punzones, varillas, bastones, agujas, etc. indicadas en el perfil de páginas precedentes, sólo que con buena cantidad en ambos yacimientos. Destacan sobre todo la presencia de las varillas con sección cuadrangular entre las más comunes y abundantes plano convexas, las robustas puntas ovales con base apuntada o triangular decoradas en los lados o en la cara dorsal, una azagaya monobiselada con fuerte acanaladura a todo lo largo del fuste y un motivo en espiga unido al inicio basal de aquella, una robusta azagaya o varilla adelgazada triangularmente en un extremo y una decoración totalmente simétrica en ambas caras, formada por dos bandas transversales y paralelas de zig-zag, en cuyo espacio intermedio hay series de ángulos embutidos; en fin, varios protoarpones y algunas bramaderas.

Pero lo verdaderamente definitorio del Magdaleniense de Las Caldas y La Viña es la eclosión que experimenta el arte mueble, ya sea sobre soporte lítico u óseo poco o, por el contrario, muy elaborado en forma de objetos de adorno personal, u otros cargados de mayor significación, que en determinados casos adquieren el valor de una auténtica escultura.

Son centenares los huesos y plaquetas de piedra con algún grabado de consideración mayor, destacando en los soportes óseos Las Caldas, por tratarse no de un abrigo como La Viña, sino de una cueva, cuyo nivel 2 está constituido por arcillas que permitieron su buena conservación. Las piezas mejores muestran bisontes, caballos, peces, antropomorfos y signos triangulares, claviformes de brazos simétricos o poco divergentes y de otro tipo. Las figuras animales se representan en solitario o por parejas adyacentes de diferente especie. Son frecuentes los contornos múltiples.

Destacaríamos de Las Caldas un hueso hiodes con un bisonte grabado en ambas caras y una escápula de La Viña con parte de la cabeza de un reno en una cara y el cuarto trasero de un caballo en la otra; sus despieces y trazos incisivos paralelos de modelado se relacionan, al igual que el conjunto de huesos y plaquetas, con algunos de los elementos más característicos del estilo IV antiguo.

La confirmación y más precisa valoración cultural de ese conjunto mobiliario la aportan una serie de piezas que hemos de individualizar.

En Las Caldas:

- Un posible propulsor con el relieve y grabado de una pata delantera de caballo. Tipo, modelado de despiece y grabado de pelaje tienen su estricto paralelo en Isturitz, Mas d'Azil, Bruniquel, etc.
- Una venus zoomórfica esculpida en asta de cérvido, sin paralelos a juicio de su descubridora (Dra. Corchón), aunque recordaría el ambiente del propulsor con la escultura de una cabra en visión frontal de Mas d'Azil, nº 47025 de Chollot.

En La Viña:

- Tres contornos recortados. El conservado entero es un caballo en hioides del mismo animal, con paralelos estrictos entre los contornos recortados del Magdalenense IV pirenaico. Sorprende la excelencia de su ejecución y estilo, que sitúa a la pieza de La Viña entre aquellos y las esculturas pirenaicas de caballos en piedra o asta.
- Un contorno recortado-colgante, mejor espátula, de pez, cuyo paralelo más próximo podría encontrarse en la espátula de El Pendo, aunque su tamaño es más reducido (6'5 cm. de largo). Se integra en el horizonte pirenaico de colgantes y espátulas "aux poissons" y aún tendría un paralelo satisfactorio en la capa inferior de La Madeleine.
- Un rodete del tipo pirenaico más común: con perforación central, radios en una cara, un signo lineal tipo flecha empenachada en la otra y un cordoncillo perimetral de cortos entalles.
- El relieve en asta de un cárabo o buho, a relacionar con las estrigiformes del arte parietal pirenaico y con los motivos no interpretados que se sitúan frente al saltamontes en un conocida placa ósea de Enlène.

Este conjunto de materiales será dado a conocer en el Colloque International d'Art Mobilier Paléolithique, Foix-Le-Mas d'Azil, 1987. Otras valoraciones pueden consultarse en Corchón (1987) y Fortea (1983 y 1987).

La conclusión es clara: los niveles 2 (I-IX) de Las Caldas y IV de La Viña significan un Magdalenense IV cántabro-pirenaico en sentido estricto. Aunque los materiales están aún en estudio y los trabajos de campo no han finalizado quisiéramos tratar de algunas implicaciones mayores:

1. Su posición en el tiempo se sitúa en el punto focal del Magdalenense medio pirenaico, o desde aquí hacia su segunda mitad, si tenemos en cuenta las dataciones en torno al 14.300 B.P. que marcan el límite inferior de aquel en Dufaure, Tuc d'Audoubert, Aurensan o Labastide. Las dataciones absolutas (Evin) han dado 13.300 ± 150 B.P. para una muestra de huesos de todo el nivel IV y 13.360 ± 190 B.P. para otra procedente de su mitad inferior. La nueva serie de Las Caldas confirma y matiza la anteriormente conocida de 13.400 ± 150 B.P. Los estudios sedimentológicos (Hoyos y Laville) reconocen de suelo a techo al Dryas antiguo superior, o Dryas Ic, y el restablecimiento de condiciones atemperadas equivalentes al Bolling. El Dryas II aparece en el estrato III de La Viña y en los últimos subniveles del nivel 2 de Las Caldas. Aquí, o quizá algo antes, podría situarse, pese a su cronología absoluta, Tito Bustillo Ic, cuyos materiales parecen ser la continuación inmediata de ese Magdalenense medio cántabro-pirenaico. La microfauna (Rey) no

contradice a la sedimentología. Los pólenes (Dupré) y la macrofauna (Altuna) están en estudio.

En suma, salvo ulteriores precisiones, los resultados actuales se sitúan en el lugar esperable del cuadro cronoestratigráfico general.

Pero no hay que olvidar que en yacimientos pirenaicos recientemente excavados con niveles bien datados del Magdaleniense medio no se da la asociación de azagayas ahorquilladas y arpones iniciales. Tal es el caso de Duruthy (Arambourou *et alii*, 1978) o Enlène (Clottes, comunicación personal). Ambos elementos óseos están presentes en Las Caldas a lo largo de todo su nivel magdaleniense (subniveles I a IX) y se asocian a arpones de una hilera de dientes en la unidad superior de aquel (subniveles I a V) (Corchón, 1987, en prensa). En La Viña las azagayas ahorquilladas están presentes en todo el estrato IV, pero los arpones iniciales o protoarpones lo hacen en su techo, inmediatamente antes del estrato III. No obstante, en la Galería del Silex de Mas d'Azil aparecieron dos azagayas ahorquilladas en un nivel considerado como Magdaleniense IV. De esta Galería proceden las fechas 13.400 ± 1000 y 13.200 ± 110 B.P. y de la Galería Piette la de 13.640 ± 100 B.P. (Alteirac y Bahn, 1982, p. 107), que se asimilan a la de los yacimientos asturianos. Lamentablemente, son muy pocos los yacimientos pirenaicos con excavaciones recientes, lo que nos priva de un conocimiento más preciso de las diferentes situaciones de su Magdaleniense medio IV y de sus implicaciones con el arte parietal.

Las Caldas y La Viña podrían incluirse en un Magdaleniense medio cántabro-pirenaico evolucionado, o, mejor, tardío, que significa el inicio del Complejo con Arpones. Quizá esta denominación de Complejo con Arpones iniciales, de raíz o facies pirenaica (y ello sin olvidar que algunos de los elementos más característicos se dan también en otras regiones francesas, pero en la imagen global lo pirenaico adquiere una fuerte personalidad) sea también conveniente en el estado actual de la investigación, tal y como, del mismo modo, piensa Corchón (1984, en prensa). Dentro de este contexto y denominación globales, Las Caldas y La Viña pueden representar situaciones que habrá que matizar una vez que los estudios estén más avanzados.

2. La Viña IV y Las Caldas 2 se refieren a un momento entre el Prebolling y el Bolling, hasta ahora culturalmente mudo en las estratigrafías cantábricas o, cuando menos, muy impreciso. Queda el problema del límite inferior del Magdaleniense IV cántabro-pirenaico. En el tramo Angles-Prebolling (utilizamos la terminología de la cronozona polínica como mera indicación cronológica relativa para entendernos mejor) hemos visto en varios sitios la presencia de un Magdaleniense inferior tardío. No sabemos si pudo haber coexistencia entre ambos grupos culturales, pero algunas cronologías absolutas son tan cercanas (El Juyo, nivel 4 = 13.920 ± 240) que no podría excluirse. Además, el subnivel IX de Las Caldas parece ser posterior a Angles (cf. Coloquio de Foix-Le Mas d'Azil).

3. Aquellos dos yacimientos asturianos han clarificado las antiguas identificaciones tipológicas de Santimamiñe, Lumentxa y Ermitia, pero queda el problema del gran vacío de Cantabria. Con todas las reservas y sólo desde argumentos tipológicos, nos atreveríamos a sugerir la posible presencia de ese horizonte en El Pendo y Hornos de la Peña. Una de las espátulas-pezu del primer yacimiento, pese a su mayor tamaño, inevitablemente recuerda por su concepto y tratamiento de la aleta caudal al contorno recortado-pezu de La Viña. También de El Pendo proceden una bramadera, objeto casi exclusivo del Magdaleniense medio (Barandiarán, 1967, p. 332), con una escena que se repite en bramaderas de otros lugares; quizá sean el soporte de un relato pirenaico (Sieveking, 1978, p. 61; Barandiarán, 1971, p. 14). Se sabe muy poco, por no decir nada, del exacto contexto estratigráfico de ésta y otras singulares piezas de El Pendo. La publicación de las excavaciones 1953-57 deja puertas abiertas en la adscripción de la tipología lítica del complejo de niveles II y se citan

paralelos del Magdaleniense IV al estudiar determinados tipos óseos (González Echegaray *et alii*, 1980, pp. 146 y 187). El análisis de la estratigrafía y sedimentología de sus depósitos es desalentadora (Hoyos y Laville, 1982, p. 285).

En cuanto a Hornos de la Peña, uno de los caballos del santuario interior [Breuil, 1952 (1974), p. 356, fig. 440] tiene una cabeza exactamente igual a la de los contornos recortados más típicos, del mismo modo que sus bisontes recuerdan a los de Niaux. La estratigrafía del yacimiento es muy insegura, pero de entre sus materiales destacan varias varillas que Breuil y Obermaier paralelizaron en 1912 con las espirales de Lourdes y Arudy. De esa opinión participa también I. Barandiarán (1973, p. 134).

Es obvia la fragilidad de estas dos identificaciones, pero no ha de quedar descartado que el Magdaleniense IV aparezca un día en Cantabria: los datos de Asturias así lo señalan.

4. Queda la cuestión del origen. Parece sensato aceptar que su raíz cultural esté en el Magdaleniense inferior III, de facies vasca, tal y como opinan Utrilla (1981a, p. 296) y más precisamente Corchón (1984), porque la mayoría de sus características técnicas, morfológicas y el reparto interno de los grupos tipológicos se encuentran ya contenidos en él. Sería interesante comparar detenidamente al Magdaleniense III pirenaico con la facies vasca del Magdaleniense inferior. Por otro lado, Utrilla incluso piensa en que parte de los yacimientos vascos sean ya del Magdaleniense medio. El problema está en Asturias, donde a ciencia cierta no existe ningún nivel del Magdaleniense inferior de esa facies. Quizá Paloma, nivel 8, pero sería preferible contar con un yacimiento que aportara la información requerida por el protocolo actual. El único actualmente en excavación con niveles de ese momento cronológico es Entrefoces (excavaciones González Morales), cuyo nivel B ha sido datado en el 14.690 ± 200 . Habrá que esperar a la terminación de las excavaciones, que han proporcionado una extraordinaria cabeza humana semiesculpida en un canto de cuarcita de $12'4 \times 8'4 \times 6'8$ cm. En cualquier caso, sin negar el interés de las cuestiones de origen y evolución del sustrato cultural, La Viña y Las Caldas han proporcionado elementos tan estereotipados, cargados de información y relativamente cortos en el tiempo, que el problema adquiere una dimensión horizontal.

Los materiales más singulares de La Viña IV y Caldas 2 no son una mera convergencia de los pirenaicos pese al azaroso vacío de equivalentes de igual rango que, hoy por hoy, existe al oriente de Asturias. Y no lo son porque los paralelos se establecen en forma, cronología y función. Y aunque esta última sólo podemos presumirla, nada asegura que los rodets de uno y otro extremo funcionaran de modo diferente. Ello hace referencia a un modelo de poblamiento en el que las relaciones a larga distancia y la consiguiente difusión cultural debieron jugar un papel importante, indudablemente no el único, porque tampoco sería sensato entender las cosas en términos de una pasiva recepción.

Que la región pirenaica estuvo suficientemente intrarrelacionada en la segunda mitad del Paleolítico superior y que determinados aspectos de su arte parietal encontraban paralelo en paneles cantábricos, es algo que, arrancando de Piette, continuó siendo un motivo de cita en una extensa bibliografía. El tema del bastón con dos bisontes ha sido analizado por Leroi-Gourhan (1976, p. 25). Sieveking (1978, p. 61) llegaba a suponer alguna forma de red tribal o familiar amplia y flexible que cubriría la región cántabro-pirenaica. Straus (1982, p. 71) insistía en las relaciones directas o indirectas en sentido E-W, tras nuestra presentación (Forteza, 1981, p. 5) del primer contorno recortado asturiano.

Los nuevos lotes mobiliarios del río Nalón son la prueba incuestionable en el terreno de lo concreto de aquellas relaciones de larga distancia. Seguramente no referibles a la costumbre que estos pueblos tenían de realizar viajes de modo más frecuente que esporádico

y a considerable distancia, tal y como A. Sieveking hiperboliza, sino al producto de un contacto entre territorios de explotación.

Pero para que esto último sea viable y se puedan producir resultados coherentes y constatables, es necesario un tejido social sensible a denominadores culturales mutuamente compartidos. Los modelos teóricos, teniendo en cuenta el condicionante orográfico longitudinal E.-W. y su segmentación S.-N. (las principales estaciones con arte rupestre se encuentran al N., cerca de la costa), no necesitarían muchas bandas y territorios para cubrir amplias extensiones. Y es a todo ello a lo que se refieren las similitudes mobiliarias y parietales; ahora muy concretamente con respecto al Magdaleniense medio. La brillantez cultural de ese momento no podría explicarse sin referencia a un tejido social entrelazado, dentro del cual se satisfacerían las necesidades que etnológicamente ha sido reconocidas como propias de las "comunidades del arcaísmo tradicional", y ante las que las barreras geográficas serían sólo relativas a un equilibrio entre el empuje, la necesidad y la pauta de conducta. No está fuera de lugar que todo lo anterior pueda decirse para un momento casi epigonal del Paleolítico superior de una amplia zona orográfica y climáticamente condicionada en sentido E.-W. y dotada de un poblamiento que viene de muy atrás.

Dentro de aquella difusión cultural, a través de territorios vecinos y conexos, debieron ser muy importantes los elementos iconográficos parietales y muebles de valor simbólico, porque se refieren al mundo de la norma y la creencia, mundo que proporcionaría la reintegración – así lo ha sido siempre – de una población dispersa y extensa, porque los recursos naturales no estaban concentrados ni existía una economía de "amplio espectro". Es pues dentro de aquel tejido y aquella norma y creencia desde donde hemos de entender la identidad, por no decir homología, de determinados aspectos del Magdaleniense medio asturiano y pirenaico. Pero no hay que perder de vista que nos referimos al más lejano W. de la mancha, o zona de co-tradición cultural, de aquel Magdaleniense, por lo que sería más sensato suponerle allí un papel marginal obviamente en el espacio. ¿También en el de la cultura, por más que sorprenda la presencia aquí de contornos, rodetes, colgantes-pep, relieves de patas de caballo y esculturas de venus? Los datos hoy conocidos – y en ello influye el azar a la intensidad prospectora e investigadora – inclinaría cuantitativa y cualitativamente el foco hacia la región pirenaica. Pero desde un punto de vista teórico, precisar los concretos focos de difusión, sobre todo si se introducen gradientes cronológicos, no importa más que la delimitación de la mancha territorial ocupada por unos mismos elementos **no formalmente reinterpretados**. Bastaría recordar intentos de la Etno-logía difusionista americana para aceptarlo.

Los yacimientos del valle medio del Nalón han permitido siluetear sin ambigüedad, al menos en su extremo occidental, una mancha territorial con el concurso de uno de los mejores referentes culturales: la presencia de objetos de adorno personal, o de otros con mayor carga cultural, que no pueden ser interpretados desde el etnológico principio de la limitación de posibilidades y que, de ningún modo, forman parte del equipo más banal.

5. Finalmente nos referimos a algunas implicaciones con el gran arte parietal. El problema es muy delicado y no podemos tratarlo aquí extensamente. En el bloque mobiliario de Las Caldas o La Viña no existe la trasposición **literal** del arte parietal, pero el conjunto de sus características se refiere al estilo IV antiguo. Incluso podría precisarse un momento avanzado dentro de él, según la conformación general de las figuras, las típicas crineras de trazos cortos en paralelo o los sombreados interiores de trazos largos, que recuerdan figuras de Niaux, Trois Frères, Las Monedas, Santimamiñe, Hornos de la Peña, Pindal, etc., caracterizadas igualmente por ese mismo uso de la línea ya pintada o grabada, por contraposición a otros estilos parietales en los que lo más representativo es el uso de las masas de color. Sin embargo, los claviformes sobre soporte óseo o lítico de La Viña son del tipo Pasiega B, considerado por Leroi-Gourhan como más antiguo que el tipo de brazos

disimétricos y crecimiento lateral (1965, p. 142). El claviforme es un tema más propio del arte parietal que del mueble, pero no falta en éste; así, en un canto de Mas d'Azil (muy similar al de una plaqueta de La Viña) asociado a un caballo, que Leroi-Gourhan compara con los del Salón Negro de Niaux (1978, p. 439). Por el contrario, para Jordá (1986, p. 107) los de brazos simétricos serían más recientes que los otros, marcando ambos una evolución dentro del Magdaleniense inferior cantábrico.

No obstante, estilo y convenciones de representación no aportarían argumentos suficientes para decidir si el arte parietal de La Viña o Las Caldas se correlaciona con los horizontes artísticos caracterizados por el uso de la línea o la bicromía (esta última, en los casos que ya vimos, ha sido llevada al Magdaleniense superior desde argumentaciones crono-ecológicas sobre las que no podemos extendernos aquí; únicamente recordaremos que el reno ya aparece en el arte mueble del Magdaleniense medio de La Viña, como también, y con suficiente frecuencia, en Isturitz). Las razones de aquella dificultad en la decisión se basan en que tanto el horizonte del dibujo o la pintura participan del mismo fondo común del estilo IV antiguo. Pero otros sujetos de Las Caldas y La Viña como los personajes semihumanos, el reno, los peces grabados o recortados, los claviformes y la estrigiforme vuelven a referirse a aquel horizonte parietal cántabro-pirenaico caracterizado por el dibujo. Y no deja de ser coincidente que en las mismas cuevas pirenaicas con arte parietal encontremos rodetes, contornos recortados, la temática de los peces, los relieves de patas de caballo etc. que también aparecen en el Nalón; así como la participación en un relato común: aquel de las ánades, el saltamontes y las estrigiformes, cuyo mejor soporte sería la conocida placa de Enlène, aunque, quizá, esto último sobrepase el límite de la probable, pero no el de lo verosímil.

Todavía nos faltan muchos datos para poder precisar las situaciones cronológicas, culturales y quizá étnicas del estilo IV, que cada vez más nos imaginamos variadas y dinámicas. Por lo que los problemas del arte tendrán que seguir tratándose de forma más estilística que arqueológica.

BIBLIOGRAFIA

- ALTEIRAC A. y BAHN P., 1982. Premières datations radiocarbone du Magdalénien Moyen de la grotte du Mas-d'Azil (Ariège). *B.S.P. Ariège*, XXXVII, pp. 107-110.
- ALTUNA J., 1972. Fauna de mamíferos de los yacimientos prehistóricos de Guipúzcoa. *Munibe*, 24, pp. 1-464.
- ALTUNA J., 1984. *Relación entre los restos de fauna existentes en el yacimiento y las figuras rupestres del Santuario*, en ALTUNA J. y MERINO J.M., 1984, pp. 281-286.
- ALTUNA J., MERINO J.M. et alii, 1984. *El yacimiento prehistórico de la cueva de Ekain (Deba, Guipúzcoa)*. Sociedad de Estudios Vascos.
- ALTUNA J., BALDEON A., MARIEZKURRENA K. et alii, 1985. Cazadores magdalenienses en la cueva de Erralla (Cestona. País Vasco). *Munibe*, 37.
- ARAMBOUROU R. et alii, 1978. *Le gisement préhistorique de Duruthy à Sorde-L'Abbaye (Landes)*. Mem. S.P.F., 13, 1978.
- BALDEON A., 1984. *Industria ósea del yacimiento de Ekain*, en ALTUNA J. y MERINO J.M., 1984, pp. 189-210.

- BARANDIARÁN J.M. y SONNEVILLE-BORDES D., 1964. Magdalénien final et Azilien d'Urriaga (Guipúzcoa). Etude statistique. *Miscelánea en Homenaje al abate Henri Breuil*, vol. I, pp. 163-172, Barcelona.
- BARANDIARÁN I., 1967. *El Paleomesolítico del Pirineo occidental. Bases para una sistematización tipológica del instrumental óseo paleolítico*. Zaragoza.
- BARANDIARÁN I., 1971. "Bramaderas" en el Paleolítico superior peninsular. *Pyrenae*, 7, pp. 7-18.
- BARANDIARÁN I., 1973. *Arte mueble del Paleolítico Cantábrico*. Zaragoza.
- BARANDIARÁN I. y UTRILLA P., 1975. Sobre el Magdaleniense de Ermitia. Guipúzcoa. *Satuola*, I, pp. 21-47.
- BARANDIARÁN I., FREEMAN L. y GONZÁLEZ-ECHEGARAY J. (inédito). *El Juyo 1978: A preliminary report on a Magdalenian site in Cantabrian, Spain*.
- BOYER-KLEIN A., 1976. Análisis polínico de la cueva de Tito Bustillo (Asturias), en MOURE A. y CANO M., 1976, pp. 201-206.
- BOYER-KLEIN A., 1981. *Análisis palinológico del Rascaño*, en GONZÁLEZ ECHEGARAY J., BARANDIARÁN I. et alii, 1981, pp. 215-220.
- BREUIL H., 1952 (1974). *Quatre cents siècles d'art pariétal*. Montignac.
- CABRERA V., 1984. *El yacimiento de la cueva de "El Castiello"*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XXII, Madrid.
- CHAPA T., 1975. Magdaleniense medio y superior de Cueto de la Mina (Asturias). *Bol. del I.D.E.A.*, 86, pp. 755-780.
- CLARK G. y V., 1975. La cueva de Balmori (Asturias, España): Nuevas aportaciones. *Trabajos de Prehistoria*, 32, pp. 35-78.
- CORCHÓN Ma.S., 1971. *Notas en torno al arte mueble asturiano*. Seminario de Prehistoria y Arqueología, Salamanca.
- CORCHÓN Ma.S., 1981a. *Cueva de Las Caldas. San Juan de Priorio (Oviedo)*. Excavaciones Arqueológicas en España, nº 115, Madrid.
- CORCHÓN Ma.S., 1981b (en prensa). *El arte mueble paleolítico de la Región Cantábrica*. Tesis Doctoral, Salamanca.
- CORCHÓN Ma.S., 1983. La azagaya de base ahorquillada en el Magdaleniense cantábrico: Tipología y encuadre cronológico. *Homenaje al Prof. Martin Almagro Basch*, pp. 219-230.
- CORCHÓN Ma.S., 1984 (en prensa). Problemas actuales en la interpretación de la industria del Paleolítico superior cantábrico: algunas reflexiones. *Zephyrus*, XXXVII.
- CORCHÓN Ma.S., 1987 (en prensa). *Cueva de Las Caldas. Informe de las campañas 1980-1986*. Consejería de Educación y Cultura, Servicio de Publicaciones, Oviedo.
- DUPRÉ M., 1984. *Palinología de los niveles VII a II del yacimiento de Ekain*, en ALTUNA J. y MERINO J.M., 194, pp. 61-63.

- FORTEA J., 1981. Investigaciones en la Cuenca Media del Nalón. Asturias (España). *Zephyrus*, XXXII-XXXIII, pp. 5-16.
- FORTEA J., 1983. Perfiles recortados del Nalón Medio (Asturias) *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, I, pp. 343-354.
- FORTEA J., 1987 (en prensa). *Abrigo de La Viña, Informe de las campañas 1980-1986*. Consejería de Educación y Cultura, Servicio de Publicaciones, Oviedo.
- FREEMAN L. y GONZÁLEZ-ECHEGARAY J., 1982. Magdalenian mobile art from El Juyo (Cantabria). *Ars Praehistorica*, 1, pp. 161-168.
- GONZÁLEZ-ECHEGARAY J., 1960. El Magdaleniense III en la Costa Cantábrica. *Bol. Seminario Arte y Arqueología*, 26, pp. 1-32.
- GONZÁLEZ-ECHEGARAY J., 1966. Sobre la cronología de la glaciación Würmiense en la Costa Cantábrica. *Ampurias*, XXVIII, pp. 1-12.
- GONZÁLEZ-ECHEGARAY J., 1973. Consideraciones climáticas y ecológicas sobre el Magdaleniense III en el Norte de España. *Zephyrus*, XXIII-XXIV, pp. 167-187.
- GONZÁLEZ-ECHEGARAY J. et alii, 1980. *El yacimiento de la cueva de "El Pendo" (Excavaciones, 1953-57)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XVII, Madrid.
- GONZÁLEZ-ECHEGARAY J., 1981. *Industria lítica*, en GONZÁLEZ-ECHEGARAY J. y BARANDIARÁN I., 1981, pp. 55-94.
- GONZÁLEZ-ECHEGARAY J., BARANDIARÁN I. et alii, 1981. *El Paleolítico superior de la cueva del Rascaño (Santander)*. Centro de Investigación y Museo de Altamira, 3, Santander.
- HERNÁNDEZ PACHECO, 1919. *La Peña de Candamo*. Mem. Comisión Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, 13, Madrid.
- HOYOS M., 1981a. *Estudio geológico y sedimentológico de la cueva de Las Caldas*, en CORCHÓN Ma.S., 1981a, pp. 11-58.
- HOYOS M., 1981b. La cronología paleoclimática del Wurm reciente en Asturias. Diferencias entre los resultados sedimentológicos y palinológicos. *Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, pp. 63-75.
- HOYOS M., MARTINEZ NAVARRETE Ma.I., CHAPA T., CASTAÑOS P. y SANCHIZ F., 1980. *La cueva de La Paloma. Soto de Las Regueras (Asturias)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 116, Madrid.
- HOYOS M. y LAVILLE H., 1982. Nuevas aportaciones sobre la estratigrafía y sedimentología de los depósitos del Paleolítico superior de la cueva del Pendo (Santander): sus implicaciones. *Zephyrus*, XXXIV-XXXV, pp. 285-294.
- HOYOS M. y FUMANAL P., 1985. *La cueva de Erralla. Estudio sedimentológico*, en ALTUNA J., BALDEON J. y MARIEZ-KURRENA K., 1985, pp. 29-43.
- JANSSENS y GONZÁLEZ-ECHEGARAY J., 1958. *Memoria de las excavaciones de la cueva del Juyo (1955-1956)*. Patronato de las Cuevas Prehistóricas, Santander.

- JORDÁ F., 1956. La obra del Conde de la Vega del Sella y su proyección en la Prehistoria española. *Libro Homenaje al Conde de la Vega del Sella*, pp. 15-30, Oviedo.
- JORDÁ F., 1958. *Avance al estudio de la cueva de la Lloseta*. Diputación Provincial de Asturias.
- JORDÁ F., 1978. *Los estilos en el arte parietal del Magdaleniense cantábrico*. Curso de Arte Rupesre Paleolítico, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander.
- JORDÁ F., 1986. *Paleolítico*, en JORDÁ F. et alii, *Historia de España. 1: Prehistoria*, pp. 7-150, Madrid.
- JORDÁ F., FORTEA J. y CORCHÓN Ma.S., 1982. Nuevos datos sobre la edad del Solutrense Magdaleniense medio cantábrico. Las fechas c-14 de la Cueva de las Caldas (Oviedo, España). *Zephyrus*, XXXIV-XXXV, 1982, pp. 13-16.
- LAVILLE H. y HOYOS M., 1981. *Estudio Geológico de la cueva de Rascaño*, en GONZÁLEZ-ECHEGARAY J., BARANDIARÁN I. et alii, 1981, pp. 189-210.
- LEROI-GOURHAN Ar., ALLAIN et alii, 1979. *Lascaux inconnu*. Paris.
- LEROI-GOURHAN A., 1965. *Préhistoire de l'art occidental*. Paris.
- LEROI-GOURHAN A., 1973. Le cheval sur galet de la galerie Breuil au Mas d'Azil (Ariège). *Gallia Préhistoire*, 21, 2, pp. 439-445.
- LEROI-GOURHAN A., 1976. L'Art mobilier au Paléolithique supérieur et ses liaisons européennes. *Les courants stylistiques dans l'art mobilier au Paléolithique supérieur*, pp. 25-35, IX Congrès U.I.S.P.P. Nice.
- LORBLANCHET M. et alii, 1973. La grotte de Sainte-Eulalie à Espagnac (Lot). *Gallia Préhistoire*, 16, 1 y 2, pp. 3-62 y 233-326.
- MALLO M., CHAPA T. y HOYOS M., 1980. Identificación y estudio de la cueva del Rio (Ribadesella, Asturias). *Zephyrus*, XXX-XXXI, pp. 231-243.
- MERINO J.M., 1984. *Industria lítica del yacimiento de Ekain*, en ALTUNA J. y MERINO J.M., 1984, pp. 65-175.
- MOURE A., 1975a. Cronología de las industrias tardiglaciares en el Norte de España. *Trabajos de Prehistoria*, 32, pp. 21-35.
- MOURE A., 1975b. *Excavaciones en la cueva de Tito Bustillo (Asturias)*. Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo.
- MOURE A., 1980. *Las pinturas y grabados de Tito Bustillo; significado cronológico de las representaciones de animales*. *Studio Archaeologica*, 61, Valladolid.
- MOURE A. y GIL ALVAREZ G., 1974. La cueva de Coimbre, en Peñamellera Alta (Asturias). *Bol. del I.D.E.A.*, 82.
- MOURE A. y CANO M., 1976. *Excavaciones en la cueva de Tito Bustillo (Asturias)*. *Trabajos de 1975*. Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo.

- SIEVEKING, 1978. La significación de las distribuciones en el Arte Paleolítico. *Trabajos de Prehistoria*, 35, pp. 45-60.
- STRAUS L., 1982. Observations on Upper Palaeolithic art, old problems and new directions. *Zephyrus*, XXXIV-XXXV, pp. 71-80.
- UTRILLA P., 1976a. *Las industrias del Magdaleniense inferior y medio en la Costa Cantábrica*. Departamento de Historia Antigua, Zaragoza.
- UTRILLA P., 1976b. La región asturiana durante los comienzos del Magdaleniense. *Bol del I.D.E.A.*, 88-89, pp. 800-853.
- UTRILLA P., 1978. Análisis estructural de cinco yacimientos magdalenienses. *Zephyrus*, XXVIII-XXIX, pp. 125-134.
- UTRILLA P., 1980. Yacimientos y santuarios en el Magdaleniense IV cantábrico. Algunas contradicciones. *Altamira Symposium*, pp. 353-360, Madrid.
- UTRILLA P., 1981a. *El Magdaleniense inferior y medio en la Costa Cantábrica*. Centro de Investigación y Museo de Altamira, 4, Santander.
- UTRILLA P., 1981b. *El Magdaleniense inferior de Rascaño en el conjunto del Magdaleniense cantábrico*, en GONZÁLEZ ECHEGARAY J., BARANDIARÁN I. *et alii*, 1981, pp. 165-188.
- UTRILLA P., 1984 (en prensa). Reflexiones sobre el Magdaleniense. *Zephyrus*, XXXVII.
- VEGA DEL SELLA Conde de La, 1916. *El Paleolítico de Cueto de la Mina (Asturias)*. Comisión de Investigación Paleontológicas y Prehistóricas, 13, Madrid.